# Memoria de Barcelona

Sealtiel Alatriste

*La relación con una ciudad construida a través de la literatura, el recuerdo de caminar no sus calles sino sus letras y de amarla antes de vivir en ella fue lo que inspiró a Sealtiel Alatriste, ahora gran conocedor de la Ciudad Condal, a escribir esta* Memoria de Barcelona. *Con este texto Alatriste introduce el pequeño capítulo que la* Revista de la Universidad de México *dedica en esta entrega a Cataluña.*

La primera imagen que tuve de esta ciudad fue literaria, triste: un hombre al que admiraba por la desmesura de sus razonamientos —que algunos confundían con locura—venía a morir, o a ser derrotado que en su caso era lo mismo, en las playas de Barcelona. Alonso Quijano había tomado para sí el oficio de la caballería andante y quería reinstalar la justicia en un mundo contrariado que enloquecía de verdad. Había cabalgado por gran parte de la geografía española, conocido el oprobio en casa de unos duques de triste memoria, se deleitó con las mieles del amor soñado en un paraje de Sierra Morena, demostró su inútil valentía frente a la jaula abierta de un león que prefirió dormir que atacarlo, y su torpe intento de lograr fama y enderezar entuertos por el ancho mundo terminaba cuando un rival disfrazado lo derribaba de su rocín endeble en un torneo de justicias mal llevado. Pocos días antes, nos informó el cronista, había llegado con su escudero a las playas catalanas, "la víspera de la noche de San Juan". No lo sabía el incauto, pero esa noche despiertan los demonios dormidos durante el invierno, es la *nit del foc* y, entre hogueras y petardos, Barcelona se cubre de presagios de alegría. Para él, sin embargo, el fuego fue mensajero de desgracias: el caballero de la Blanca Luna le devolvería a su condición de pobre hidalgo de la Mancha. Su cronista informa que al abandonar la ciudad, don Quijote se volvió para mirar el sitio donde había caído y dijo:

> ¡Aquí fue Troya! Aquí mi desdicha, y no mi cobardía, se llevó mis alcanzadas glorias; aquí usó la fortuna conmigo de sus vueltas y revueltas; aquí se oscurecieron mis hazañas; aquí, finalmente, cayó mi ventura para jamás levantarse.

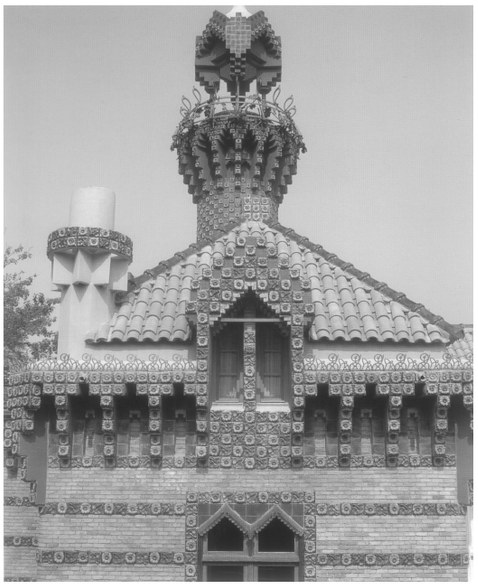
Años más tarde tuve noticias de la Ciudad Condal por una novela de Juan Goytisolo, que narraba las batallas de unos niños en el paraíso y daba cuenta, entre sus risas infantiles, de la agonía, desolación y tristeza de un mundo ahogado por batallas infructuosas. Pude ver entre sus páginas los rincones mugrientos, los montones de arena que habían dejado los bombardeos falangistas, la desolación y el hambre, y a los pobres catalanes que arrastraban su honor herido, de

## Barcelona ya era un misterio, una ciudad que me evadía, y que sólo visitaría en ese viaje a través de la lectura.

nuevo la bota castellana caía sobre ellos para degollar su orgullo milenario. Los niños jugaban a la guerra y la ciudad se perdía entre el polvo, la desolación y el hambre. Mientras leía la novela me acordé de un episodio memorable del final de la Guerra Civil: el último de los llamados *poetas puros*, Manuel Altolaguirre, había instalado una imprenta en un monasterio, en pleno frente del Este, en el camino que une a Barcelona con Gerona. Neruda decía que —además de ser el dueño de un verbo duro y violento— era un impresor glorioso cuyos tipos habían enriquecido la mejor poesía que se había escrito en España. Compañeros de los tiempos heroicos en que publicaron la revista de poesía *Caballo Verde*, Neruda le había hecho llegar un manuscrito con poemas de aliento bélico y Manolito, como le llamaban de cariño, se comprometió a imprimirlo aunque fuera lo último que hiciera. La guerra se perdía poco a poco, el mundo abandonaba a su suerte a la República Española y sólo el aliento de los poetas y de las Brigadas Internacionales parecían darle vida. Altolaguirre compuso el libro con su prodigioso talento de tipógrafo, pero cuando empezó a imprimirlo se dio cuenta que el papel se acababa y no alcanzaría siquiera para los pocos ejemplares que pensaba hacer. Para su fortuna, alguien encontró un molino abandonado en las cercanías de la imprenta donde podrían fabricar un papel rústico. Según lo cuenta el mismo Neruda, entre el constante bombardeo los soldados echaban de todo en el molino: "desde una bandera del enemigo hasta la túnica ensangrentada de un soldado moro". El poeta estaba acostumbrado a las bellezas que salían de las manos de Manuel Altolaguirre, pero nunca imaginó que sería capaz de conseguir aquella rara majestuosidad de *España en el corazón* con un papel tan adolorido como los poemas que llevaba impresos, y que simbolizaban tanto el dolor de los derrotados como la dignidad de no amilanarse nunca ante el traidor. La suerte, tristemente, estaba echada. Los soldados y la gente temerosa de los bárbaros llenaron con largas filas los caminos que conducían a Francia. En algunas de las cajas, en costales y maletas, iban ejemplares del libro de Pablo Neruda. La mente del lector es caprichosa, y en la mía el revuelo de los niños de Goytisolo jugando a la guerra quedó unida para siempre a la imagen de un ejército derrotado que huía de Barcelona y llevaba en sus mochilas un libro de trapo que recuperaba la dignidad a la República.

Finalmente, casi al término de mi adolescencia, imaginé la geografía barcelonesa siguiendo a un joven cuyo apodo, el "Pijoaparte", ilustraba no solamente una manera de vivir, sino la ciudad en la que vivía. Junto con él recorrí el Guinardó, el Barrio Gótico y el chino. Como él, sin saber que la suya era la ciudad más bella del Mediterráneo, me enfurecí por no saber cómo aceptar los amores de Teresa y, como él, di forma sin intención a una ilusión de amores que nunca habría de ser mía. Me encontraba en Madrid, había entrado en la librería Machado y había adquirido una novela que acababa de ganar el Premio Biblioteca Breve.

Antonio Gaudí, Casa Calvet, 1898-1899



Antonio Gaudí, El Capricho, 1883-1885

Antonio Gaudí, Casa Milá, 1906-1910/1911

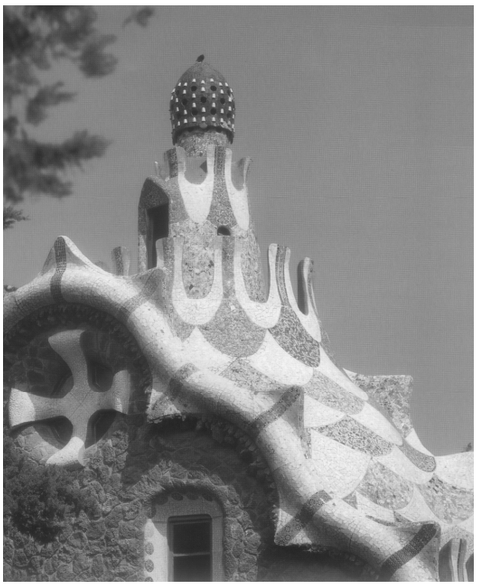
Empecé a leerla sentado en una banca del Paseo de la Castellana mientras esperaba a un amigo para ir a poner unas cartas en el majestuoso Edificio de Correos, frente a la Fuente de la Cibeles. Barcelona ya era un misterio, una ciudad que me evadía, y que sólo visitaría en ese viaje a través de la lectura. En correos me topé con una chica que me pidió prestado un bolígrafo. Se lo di hechizado por sus ojos azules, y cuando me lo regresó le pedí en compensación que tomáramos un café en una terraza cercana. Aceptó con una sonrisa. Llevaba en un morral de viaje mi libro de Juan Marsé como si fuera un presagio. Había leído apenas las primeras páginas y sabía que el "Pijoaparte" se había metido de gorrón a una fiesta del Barrio de Pedralbes y, confundido, se enamoró de la sirvienta que los señores de la casa trataban como a una hija. Lucía Mayordomo, así se llamaba la niña que me había hechizado, me contó su vida o eso recuerdo y yo le confesé mis anhelos de novelista. La despedí para siempre en la boca del metro Cibeles con un beso técnicamente perfecto, que dejó, mala fortuna, sus labios marcados en la memoria del lector que después se hundiría en los viajes del "Pijoaparte" por una Barcelona canalla.

Un día, en los primeros años de la transición, me desperté en el hotel Colón de madrugada, abrí la ventana y vi la gran sombra de la catedral de Barcelona. Al fin había podido llegar. La resaca de una noche de farra empezaba a hacer estragos en mi conciencia y apenas recordaba un concierto callejero donde Luis Llach y otros habían llenado la noche con versos dichos en una lengua que no entendía pero cuya melodiosa dureza me sedujo. Me había perdido por el Barrio Gótico para descubrir que era un laberinto circular, cuyas callejuelas siempre desembocan a la calle de Ferrán. Nunca supe dónde quedaba en aquel dédalo la Plaza de *Sant Jaume* a pesar de que me encontré ahí una y otra vez, como si estuviera condenado a ver la estatua de San Jorge matando a un dragón en la fachada del Palacio de la Generalitat. El barrio entero era una realidad mágica que enseñaba y ocultaba sus fachadas. La última imagen que guardaba de mí antes de pararme en el balcón del hotel era la de estar abrazado con mis amigos en la puerta del *Paraigua*, el bar modernista más bello del centro de Barcelona.

Recordaría aquella madrugada muchos años después, durante las fiestas de una Mercè que no he vuelto

Cada noche de San Juan renuevo el cariño por la ciudad, voy a la Barceloneta para ver los fuegos artificiales tras la pared de los edificios que se alinean en el Paseo del Mar...

Antonio Gaudí, Templo de la Sagrada Familia, Barcelona, 1982-1926...



Antonio Gaudí, Parque Güell, 1900-1914

a vivir. No recuerdo a qué había vuelto a Barcelona, pero un tanto insomne caminaba por las Ramblas entre un río de gente. Vagué por las callejuelas laberínticas de mi memoria, me metí en bares, restaurantes, y revisé libros de todo tipo en cada kiosco, pensando en aquella sombra enorme de la catedral que había descubierto en mi primer despertar barcelonés. No sé cómo, casi de madrugada caí en la Plaza Real. Tuve la impresión de entrar a un lugar fuera del mundo. Las palmeras, los edificios, las farolas que diseñó Gaudí, parecían fantasmas, recuerdos de otras calles, memoria de un rincón americano que se estaba materializando ahí. Me dirigí al puerto, observé la gran columna con que Barcelona da cara al mar, y me pareció escuchar una revelación cuando miré, recortada en un cielo iluminado por una poderosa luna, la estatua de Cristóbal Colón apuntando a América. No supe entonces lo que esa imagen sugería, ni pude prever que con los años iba a venir a vivir Barcelona.

Mi abuela decía que todo se acaba por servir. No es el caso de mi estancia catalana. Cada noche de San Juan renuevo el cariño por la ciudad, voy a la Barceloneta para ver los fuegos artificiales tras la pared de los edificios que se alinean en el Paseo del Mar, la cortina de humo que asciende tras el ruido ensordecedor de los cohetes, y la catarata de tonalidades coloradas que ilumina el cielo. Me entusiasma la gente que baja cantando hacia la playa a encender una fogata y a beber cervezas a mansalva esperando que del mar le llegue la salvación, el perdón o váyase a saber qué gracia otorgada por las deidades marinas que esa noche están obligas a ser generosas. Es el verdadero principio del verano, la noche en que los diablos andan sueltos por las callejuelas del barrio de los pescadores y todo mundo se pone a bailar, olvidando los largos y aciagos días del invierno. Ver a la gente en la playa, reunida en torno a una fogata, tiene algo seductor. El fuego, no sé por qué, contagia una especie de ardor a los cuerpos, quizás es la media luz, los relumbrones que se desprenden de las llamas que hacen aparecer un tanto fantasmales a los seres humanos. Las caras se observan con alegría, los cuerpos apenas cubiertos por mínimos trajes de baño, por pareos multicolores o camisas hawaianas, insinúan una sensualidad apenas contenida. Muchos se desean, es evidente, a muchos los desea uno mismo caminando sobre la arena como si fuera un forastero de esa alegría contenida, y se siente capaz de enamorarse de una mujer o de una azucena perfumada que te regalen por ahí.

No sé qué significado tiene esta festividad, ni cuál es su origen (seguramente medieval), pero me recuerda que Don Quijote fue incapaz de escuchar los presagios siniestros que acompañaban su llegada. Quizá por ello, cada noche de San Juan que voy a las playas de Barcelona me vuelvo hacia el lugar donde cayó el Caballero de la Triste Figura y me digo: no tiene por qué ser así, las esperanzas pueden nutrir el entusiasmo y las ilusiones no tienen por qué acabar en desilusión. De esas playas, pienso deslumbrado por el fuego, no siempre se sale derrotado. Si fue milagrosamente posible hacer papel a partir de los trapos de un ejército en fuga, es factible llevar a España en el corazón, y tal vez la sombra gigantesca de la catedral de Barcelona, que descubrí una remota madrugada, sea el refugio de una estancia colmada de presagios. ■